

III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco, 1998.

Vivir la Inseguridad: Cotidianidad y Trayectorias de Familias.

Francisca Márquez.

Cita:

Francisca Márquez. (1998). *Vivir la Inseguridad: Cotidianidad y Trayectorias de Familias*. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iii.congreso.chileno.de.antropologia/130>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbr/pGz>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SIMPOSIO

**AMBIGUEDADES Y
CONTRADICCIONES DE LA
SOCIEDAD MODERNA**

■

*Vivir la Inseguridad: Cotidianidad
y Trayectorias de Familias*

Francisca Marquez*

Presentación

Este es un estudio de familias y sus acciones frente a situaciones de inseguridad. En términos generales el objetivo es identificar a partir de la experiencia y las acciones desplegadas por las familias, los modos como ellas definen y enfrentan situaciones de inseguridad a lo largo de su historia.

El estudio reconstruye la historia de 26 familias y los hitos que dan cuenta de situaciones de inseguridad; también la secuencia y superposición de ellas. Desde el relato se caracterizan las trayectorias de acción seguidas por cada una de estas familias; y estrechamente asociado a este marco de acción, el rol que le cabe a la sociabilidad - entendida como redes sociales - en la conformación de estrategias de acción y búsqueda de una salida.

***1. La inseguridad como
percepción y temor a la pérdida
del espacio social ocupado***

La percepción de inseguridad en las historias de familia

se asocia estrechamente a la vivencia de amenaza y pérdida de su integración en la sociedad. Las familias perciben que su mundo y su vida se vuelve más inseguro en la medida que se pierden o debilitan los lazos que los unen a la sociedad y les impiden el desarrollo de proyectos futuros.

Una lectura atenta a los relatos de vida de familia y sus situaciones de inseguridad, muestra que hoy día, la crisis del mundo del trabajo, un cierto debilitamiento de los lazos sociales y la deconstrucción progresiva de los sistemas de normas e identidad, se ubican a la base de la percepción de inseguridad social.

Las situaciones de inseguridad aquí analizadas, asociadas a agudos problemas de desinserción, dan cuenta de la fragilidad de los destinos individuales y de los mecanismos económicos y sociales de inserción social. Nadie puede hoy día sentir que la categoría de ciudadano, poseedor de un espacio en nuestra sociedad, está asegurada.

2. Los cambios en la familia

Desprovista de sus funciones en tanto unidad de producción y consumo, la familia continúa siendo

*SUR

Investigación realizada en coautoría con Vicente Espinoza, para el Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998, del PNUD.

fundamentalmente un espacio donde se tejen las relaciones afectivas y se construyen los sueños de integración de cada uno de sus miembros. La familia no está exenta sin embargo, de la aparición de aspiraciones y expectativas de realización personal a su interior. El deterioro de un "nosotros" y el surgimiento de tensiones y rupturas se vuelven cada vez más probables.

Por otra parte, se observa que la progresiva suplantación de un Estado social por el mercado como espacio de realización de las oportunidades de integración, abre a las familias a una infinidad de oportunidades de consumo, pero también de riesgos, ansiedades y frustración ante la evidencia de la fragilidad de la propia posición y la exacerbación de las diferencias socioeconómicas.

De estos procesos dan cuenta las historias de familia, donde numerosos hitos muestran que el status y sus proyectos se ven amenazados por los profundos cambios que ocurren en el "adentro" y el "afuera" al núcleo familiar.

3. Lo material y lo simbólico

La percepción de inseguridad en las familias se asocia no sólo a aspectos materiales sino también simbólicos. La inseguridad es percibida siempre como riesgo de quedar privado de los vínculos materiales y/o simbólicos con la sociedad en su conjunto. Los relatos de estas familias dan cuenta de historias de privaciones y pérdidas materiales, de sobrevivencia, pero también de quiebres con el tejido social y los valores de la sociedad. Son pérdidas de referentes normativo por efecto de la ausencia de esperanzas compartidas y del desdibujamiento de canales estables de movilidad social. La inseguridad por tanto, es también un síntoma de desintegración y una amenaza hacia la cohesión social y familiar.

La percepción de inseguridad en las familias aparece referida a dos grandes dimensiones :

a) el temor e incertidumbre frente a los procesos que llevan a la familia a no acceder a los medios necesarios para participar de los sistemas de intercambio productivo: acceso a trabajo, educación, salud, vivienda, a recursos financieros, entre otros.

Los relatos de familia muestran que en la definición y percepción de la seguridad, la inserción en el mundo del trabajo revela una importancia particular. El trabajo se ha vuelto sin duda, el criterio y la norma de la integración social. El procura no sólo los ingresos que permiten participar económicamente en la vida social; sino también y más que cualquier otra adscripción, una identidad social.

b) Una segunda dimensión frente al temor e incertidumbre

son los procesos que dificultan o impiden la plena incorporación de la familia a los códigos culturalmente normados. Corresponde a la pérdida de valores que otorgan control y acceso al medio ambiente social y permiten interactuar con éste. Las manifestaciones más evidentes dicen relación con la pérdida de la solidez de la institución familiar; con la pérdida o debilitamiento en las relaciones primarias y de vínculos de amistad; y a veces con el debilitamiento de los vínculos normativos que conectan a la institucionalidad pública y privada.

El debilitamiento de la familia como referencia de un modo de vida y eje normativo, genera dentro de los estratos medios fuertes incertidumbres respecto a su ideario de movilidad social. Son ellos también quienes más dramáticamente expresan sus vivencias; a menudo son también ellos quienes más capacidad muestran para dar cuenta -como espectadores atónitos-, los procesos que la sociedad entera vive.

Se concluye que la inseguridad es percibida siempre como riesgo de quedar privado de los vínculos *materiales* y/o *simbólicos* con la sociedad en su conjunto. Los relatos de estas familias dan cuenta de historias de privaciones y pérdidas materiales, de sobrevivencia, pero también de quiebres con el tejido social y los valores de la sociedad. Estos últimos son definidos como pérdidas de referentes normativos por efecto de la ausencia de esperanzas compartidas y del desdibujamiento de canales estables de movilidad social. La inseguridad por tanto, es también un síntoma de desintegración y una amenaza hacia la cohesión social y familiar.

4. Condicionamientos sociales y estrategias

de familias: el lugar del actor

En la búsqueda por comprender como se articulan los efectos de las estructuras sociales y las estrategias de los actores, el camino elegido ha sido la reconstrucción de las trayectorias familiares, sus diferentes momentos y sus estrategias.

La elección de privilegiar a los actores, de escuchar sus relatos de vida, de tomar en cuenta sus capacidades de acción, el rol que ellos juegan, y que desearían haber jugado, en la producción de su historia, no debe ocultar la importancia de las estructuras sociales que delimitan, y limitan el espacio de lo posible. Cuando este espacio es muy reducido, cuando los obstáculos se superponen -cesantía estructural, exigencias de los modelos sociales y debilidad de los vínculos sociales, inequidad en las

condiciones de partida - la capacidad de elaboración de estrategias por parte de los actores, es casi imposible.

5. Trayectorias de familia

La problemática de la inseguridad exige ser releída como un proceso, una dinámica que se instala en el seno de las familias y sus historias. La inseguridad entendida como amenaza a la integración social, obliga a una relectura de ella desde una perspectiva dinámica y no sólo como la situación final de un proceso. Los relatos de familia son explícitos en mostrar que las situaciones de inseguridad se instalan y evolucionan en las historias de familia. En este sentido, los conceptos de integración y exclusión social aluden a recorridos marcados por la estabilización en una situación o por el tránsito de una situación a otra, es decir por la movilidad social.

Sobre la base de los dos ejes definidos como centrales en la constitución de situaciones de inseguridad familiar - el eje de la integración socioeconómica y el eje de la integración normativa -, se contruye un cuadro que grafica los itinerarios posibles: integración plena, precariedad, deshonra y marginalidad.

Los relatos de familia muestran que la mayor parte ha debido enfrentar situaciones que han puesto en peligro su posición (aún cuando sea extremadamente precaria) dentro de la estructura social. En el caso de los estratos altos y medios, la inseguridad parece asociada a una movilidad descendente más radical que en el caso de los estratos bajos e indigentes.

Al reconstituir las trayectorias de las familias enfrentadas a situaciones de inseguridad, se reconocen al menos tres grandes tipos :

- Las trayectorias de inflexión : corresponden a familias que logran encontrar una solución a la situación de inseguridad que enfrentan; ellos recuperan la posición

perdida.

- Las trayectorias de descenso : corresponden a familias que no logran resolver exitosamente la situación de inseguridad y pérdida, son historias de movilidad descendente; empobrecimiento o desestabilización progresiva.

- La inamovilidad : corresponde a familias que optan por recluirse en si mismas o su cultura, para protegerse de las situaciones de riesgo e incertidumbre.

Este estudio cuida no ocultar la importancia de las estructuras sociales que delimitan y limitan el espacio de lo posible. Cuando este espacio es muy reducido, y las trabas son muchas (cesantía estructural, exigencia de modelos sociales, debilidad de los lazos sociales e inequidad de las oportunidades de inicio) la elaboración de estrategias de acción se vuelven derisorias; porque en el fondo, las reglas del juego están ya predefinidas.

Dos son las preguntas que se quieren responder: Uno, qué hacen y qué caminos recorren las familias para enfrentar una situación que las inseguriza? Dos, qué diferencia a una familia que logra salir adelante de una familia que permanece detenida / anclada en la inseguridad a través del tiempo?

Las trayectorias analizadas muestran la fragilidad de los destinos individuales y familiares (los espacios sociales no parecen nunca ganados); pero dejan al descubierto la extrema fragilidad de los mecanismos económicos y sociales que regulan nuestra sociedad moderna.

5.1 Trayectoria de familia:

El costo de la integración

Estas historias son demostrativas de las vidas de la clase media integrada socialmente; ellas han estado marcadas

Ejes de la integración social	Integración socioeconómica +	Desintegración socioeconómica -
Integración normativa +	a. Integración ++	b. Precariedad + -
Desintegración normativa	d. Deshonra - +	c. Marginalidad - -

por situaciones de crisis moral o económica que alteran la situación aparentemente invariable que les garantizaría su status socio-económico o constitución formal. Estas son vidas de familias cuya situación no se encuentra amenazada en lo inmediato por la desintegración social; pero que han debido superar episodios en que han llegado hasta los márgenes mismos de lo que consideran tolerable.

Un tipo de desplazamiento lleva a las familias a situaciones que viven como peligro cierto de desintegración de los valores que la han sostenido unida. Hijos de pronto convertidos en borrachos y pendencieros, que ponen en evidencia los problemas de la familia en un medio social reducido. Rechazo social a parejas que deciden trasgredir las convenciones del matrimonio como vínculo indisoluble. Represión política a quienes encarnan un modelo distinto de vida social. En estos casos las familias comprometen todos los recursos posibles a fin de revertir la situación.

Para el primer grupo de familias, enfrentada a la desintegración de los valores, el camino seguido revela el alto costo que debe pagarse por la consecución de la meta de la integración plena.

- las dificultades de la familia para establecer mecanismos adecuados de control social.
- el ocultamiento y en el intentar llevar hacia dentro de la familia el control de la situación
- se va constituyendo una moral del ocultamiento,
- complementada por una práctica de negociación
- resistencias que enfrentan las familias que se constituyen fuera de los cánones de la moral social.
- La sanción social
- ocultan, simulan

5.2 Trayectoria de familia:

La dignidad de los precarios

La última década en Chile ha estado marcada por un crecimiento económico excepcional, y por logros socioeconómicos que parecen irreversibles. Es esta una época de ganadores.

Paralelamente a este movimiento ascendente, otro se dibuja y adquiere también peso para quienes advierten de los peligros que amenazan al proyecto democratizador y de equidad social: es el movimiento de los que quedan atrás, resagados, de los que descienden y de los que permanecen inamovibles, en los últimos escalones de la estructura social.

Estas son las trayectorias de familias en situación de precariedad, familias urbanas pobres e indigentes,

familias campesinas sin un lazo social estable en la estructura productiva. Son familias que viven procesos de empobrecimiento progresivo, o simplemente sin salida.

La situación de precariedad alude a procesos estructurales que se mantienen y acentúan con la modernización; ella está marcada por la falta de bienes y el acceso a sistemas de protección formal. Sin embargo, estas son situaciones dónde los códigos de la "dignidad", del "nosotros familia" están fuertemente presentes. Son familias precarias, pero no marginales; el soporte básico desde dónde construir un proyecto de movilidad social está presente.

Estas son historias de movimientos, de caídas y levantadas, de estrategias, de gestión y superación de obstáculos estructurales a partir de los propios recursos. Son historias de familias pobres cuyo ideario es el de no caer, de no verse un día "sin nada que hacer". Son trayectorias dónde la resistencia a la exclusión domina, y donde el soporte "familia" es un recurso central desde donde se construye una vida "digna".

Un tipo de trayectoria está constituida por familias pobres que debieron enfrentarse a la desestabilización de su núcleo, descendiendo a la marginalidad más dura y dolorosa: Pobreza, pérdida de trabajo, ruptura del matrimonio, alcoholismo del marido, maltrato, depresión de la mujer, delincuencia, drogas por parte del hijo adolescente. Estas son trayectorias dónde la resistencia y la intervención de un tercer actor permitieron a la familia recuperar la "dignidad" o la "decencia" que se creyó perdida.

Un segundo tipo de trayectoria la integran familias pobres enfrentadas a la imposibilidad de acceder a los mecanismos de protección social: obtención de tarjeta de indigencia, de título de dominio de su vivienda, de créditos o subsidios para palear la sequía y el empobrecimiento progresivo de las tierras, previsión y jubilación digna. Sus itinerarios se caracterizan por ser de demanda y resistencia ante una institucionalidad y un mercado que no los acoge.

Por último, encontramos la familia cuyo itinerario es la reclusión y el rechazo a los riesgosos procesos de movilidad social. Esta es una familia mapuche, que obstinadamente se protege en su comunidad y su cultura; sabiendo que no se librarán de la pobreza, pero al menos sí de los males de la "chilenización".

A través de la historia de estas familias puede verse concretamente como la exclusión de una dimensión (económica, en este caso) se autonomiza en relación a la otra (dimensión simbólica). En ciertos casos veremos

que la relación puede incluso ser inversa: la exclusión de la dimensión económica puede reforzar la integración simbólica.

Estos relatos ilustran bien las múltiples contradicciones que atraviesan la relación con las instituciones, en especial las estatales. Las demandas de las familias hacia las instituciones son hechas siempre en términos de relación personal, de consideración y de dignidad, en tanto que las respuestas son percibidas como impersonales, de tramitación y de descalificación. Estos relatos muestran cómo la relación con la institucionalidad a menudo es profundamente invalidante y estigmatizante, lo que lleva a reforzar el sentimiento de ser tratado como un número, un caso más. Es justamente en estos momentos de mayor fragilidad, de inseguridad respecto a la propia posición, donde la necesidad de reconocimiento se hace más necesaria. Sin embargo, es en estos momentos donde ellos se enfrentan a la violencia simbólica de los aparatos asistenciales.

Estas historias sin embargo, no son historias de sujetos que se adapten o adecúen fácilmente a las normas y posibilidades institucionales... son historias de resistencia y pataleo en su mayoría. Talvés sólo la historia de Bernarda y Moisés, el marido neoprenero de Lota, es una salida de silenciosa adaptación a las amenazas y exigencias de un institucionalidad que puede romper definitivamente con su familia. En la mayoría de los casos sin embargo, la humillación y la estigmatización por parte de las instituciones de ayuda estatal es explicitada y rechazada; aunque pocos osan renunciar a sus beneficios.

Sorprende en cambio, en el relato de María, cómo una institucionalidad represiva como la prisión puede constituirse en un espacios de socialización y de reforzamiento de la dignidad; mientras que instituciones de ayuda pueden ser vividas como profundamente invalidantes. Las contradicciones en este ámbito son evidentes. Mientras el discurso de la política estatal afirma la importancia de hacer de los beneficiarios actores, ciudadanos autónomos y activos en la gestión de sus procesos de inserción social, las prácticas concretas muestran una institucionalidad fuertemente burocratizada y despersonalizada que favorece al menos en el plano de la dimensión simbólica y relacional, la pérdida de dignidad y el reforzamiento de la marginalidad social.

5.3 Trayectoria:

El fatalismo de los marginales

Algunas historias son testimonio claro que romper con

el núcleo duro de la marginalidad requiere de algo más que oportunidades para que ello sea posible.

Estas historias son claras en mostrar cómo la marginalidad va de la mano del aislamiento y la soledad. La marginalidad se vive puertas adentro, entre las cuatro paredes del hogar. A diferencia de las historias de precariedad, estas se destacan por los escasos o nulos vínculos con la institucionalidad estatal u otra; ellas aparecen lejanas, difusas, como entes inalcanzables. Estas son trayectorias solitarias, donde las redes de apoyo verticales rara vez se encuentran. Tampoco abundan las redes horizontales, pero ellas nunca están completamente ausentes.

Estas son historias de familias que viven en los márgenes de la sociedad. Son trayectorias de empobrecimiento progresivo, económico y simbólico. Son trayectorias sin punto de inflexión y donde no se percibe otra salida a la dada; las posibilidades de integración están ausentes. En estas familias la marginalidad es el final de un camino al cual se llega tras un largo proceso de desintegración progresiva.

Elas se caracterizan por su desesperanza y fatalismo respecto al porvenir. Es la historia de una familia de temporeros cuya madre soñó que sus hijas se educaran y pudieran obtener un oficio o una profesión; una familia de campesinos con un padre alcohólico que maltrata sin cesar a sus hijos, enfermando toda la familia; y es una familia que empleará a sus hijas como empleadas domésticas a temprana edad para aportar ingresos al hogar y educarse sin nunca llegar a visualizar una alternativa distinta.

Estas son historias de familia, donde el sentimiento de marginalidad y resignación se ha instalado. Son historias en las que se ha perdido la capacidad de resistir, la esperanza de surgir y la energía necesaria para rebelarse. Son historias de familia, en las que la imagen de sí misma se acepta; abandonada a todo esfuerzo de mantener una apariencia, son familias que a veces enferman.

El sentimiento de impotencia, de no poder cambiar nada de la propia historia es un sentimiento común a ellas. Son familias convencidas de su incapacidad y de su inutilidad social. Es por tanto difícil construir proyectos, profesionales o de porvenir familiar. Cuando las familias dejan de creer en la posibilidad de cambio, de transformarse en un otro, mejor, ella deja de proyectarse y de imaginar otra situación otro escenario en el que jugar un mejor rol. El tiempo se reduce a una sola dimensión: el presente, con sus urgencias inmediatas, comer, encontrar un abrigo, beber, sobrevivir.

La escasez de vínculos con el entorno, la incapacidad de generar ayudas verticales, da cuenta del profundo aislamiento de estas familias. Cuando la señora Marisol se siente inhabilitada de ir a conversar sola a la escuela de San Felipe o don Antonio se niega la posibilidad de pedir ayuda, el posicionamiento de la propia marginalidad se vuelve explícito.

Son estas historias dónde el peso de los obstáculos es tal que la impotencia tiende a imponerse como sentimiento que da cuenta de fuerzas sociales que sobrepasan a los individuos. Paradojalmente, el sentimiento de culpabilidad no está ausente en estas historias, y la señora Marisol no deja de buscar en ella la razón última del fracaso de sus hijas,

Son familias - madres, padres, hijos - presas en un complejo y cerrado engranaje que toma la forma de un destino social. ¿Pero que impide que estas familias, rompan con él? En las trayectorias anteriores, se decubría siempre un hecho, un encuentro desencadenante de una salida, del salto que permitía recuperarse y recuperar el terreno perdido. Para algunos, el hecho clave podía ser el topar fondo, para otros el encuentro con un individuo o una institución que devolvía la confianza en sí mismo, y que daba nuevo sentido y valor social a la existencia.

En estas historias, en cambio, la fatalidad parece marcar cada uno de los actos, a tal punto que aunque las oportunidades puedan estar igualmente presentes, ellas no serán decodificadas ni aprovechadas como tales. Estas historias muestran que la familia es un espacio paradójal: es el lugar del afecto y la intimidad; pero también el lugar privilegiado de la reproducción de las inequidades, de la violencia y el maltrato. Experiencias que siempre se viven solitaria, silenciosa y pudorosamente.

La ausencia de intervenciones a este nivel, no debe extrañar. La sociedad entera rara vez ofrece los mecanismos para acoger los dolorosos "asuntos de familia"; Asimismo, en el plano institucional existen barreras para que el Estado penetre y actúe en el ámbito de la "vida familiar", en el "ámbito de lo privado". La tensión entre el respeto a la privacidad y la intimidad por un lado, y las responsabilidades públicas del Estado por el otro, dan cuenta de una situación no resuelta en la distinción entre lo público y lo privado. El discurso tradicional de derechos tiene limitaciones importantes cuando se basa en esta distinción entre lo público y lo privado. Sin embargo, para que la promoción de la equidad en la organización de las relaciones familiares y la posibilidad de integración social de las nuevas

generaciones deje de ser mero asunto privado y de historia familiar, se requieren acciones y legislaciones importantes que apunten a resolver esta tensión que impide la salida de la marginalidad.

5.4 Trayectoria familia:

La deshonra en las familias

Estas historias deben ser leídas como piezas demostrativas de la modificación general de las estructuras familiares y el sentido de familia al interior de nuestra sociedad. Estas historias nos invitan a interrogarnos sobre la evolución de los sistemas familiares, la debilitación de las alianzas de filiación y el lugar del padre, en un modelo cada día más matrilineal. Estas familias se han visto forzadas a organizar su vida de formas que contradicen sus creencias y valores, por lo que sienten amenazado el buen nombre de la familia. La monoparentalidad y las rupturas de proyectos paternos aparecen como síntomas de esta transformación de las estructuras familiares, de su desestabilización y sobre todo del lento proceso de individualización que se instala a su interior. Prácticas como el aborto, la bigamia o las separaciones conyugales no resueltas aparecen entre estas familias, a pesar de ser católicos practicantes. La valorización en nuestras sociedades de la competencia por la igualdad y la expresión de los conflictos, los derechos y deberes de las personas, tiene también implicancias al interior de la familia.

En la medida que la posibilidad de hacer valer los propios derechos y deberes se vuelven contradictorios con el proyecto familiar, las tensiones al interior de la familia aumentan. La familia se ve inevitablemente confrontada a la necesidad de imaginar procedimientos de expresión y regulación de los conflictos internos. La aproximación no reflexiva a estos conflictos puede llevar a la familia a ocultar las desigualdades y tensiones, cerrando así la posibilidad de solución. El funcionamiento de la vida familiar supone en efecto, que las zonas de acuerdo sean siempre mayores que las de desacuerdo. Cuando el conflicto se instala en su interior la resolución difícilmente se logra sin antes desestabilizar las zonas de acuerdos y desacuerdos al interior del núcleo familiar. Asimismo, la implicación afectiva de cada uno de sus miembros vuelve difícil una evaluación objetiva de las razones que se tienen para continuar una vida común. Es esta la historia de muchas mujeres que aún separadas continúan sintiéndose fuertemente vinculadas e incluso responsables de sus exmaridos.

Enfrentada a procesos de conflicto no resuelto y disolución, la familia pelagra de verse reducida como soporte para un imaginario social. Mientras que anteriormente la familia era retenida como espacio de seguridad colectiva y del ejercicio de una autoridad frente a los problemas de sus miembros, hoy la familia pelagra de ser vista como la imagen de aislamiento y exacerbación del control. De ello inevitablemente resulta una puesta en cuestión de la imagen familiar, valorada como el modelo privilegiado de vida para nuestra sociedad. Aún cuando se plantean nuevos modelos de integración familiar, ellos tienen poca posibilidad de alcanzar vigencia, como lo ilustran los costos de la integración cuando se vive con valores que no corresponden con la moral vigente.

Estas son las historias de familias que en un momento de sus vidas se ven enfrentadas a profundos quiebres en los sentidos que la aglutinan como tal. Son trayectorias de desconcierto, de ruptura al interior del núcleo familiar, de deshonra y de imposibilidad de revertir los procesos de desintegración familiar. Todas estas son familias que en términos de su inserción económica no presentan problemas, son familias de estratos altos y medios. Sin embargo, son familias profundamente dolidas en términos de su historia y su proyecto. Este es el caso de tres mujeres jefas de hogar que no logran resolver de manera feliz su condición de mujer sola; es el caso de familias de estrato medio cuyos hijos rompen con el proyecto imaginado por sus padres; y de parejas con proyectos de vida diametralmente opuestos.

En estos itinerarios, la presencia de los profesionales especialistas, en especial los psicólogos es una constante; pero siempre son itinerarios que hablan de profunda soledad e incomunicación al interior del núcleo familiar, la intervención de terceros (nunca aparece el Estado) es generalmente infructuosa. Las familias que no logran resolver su integración interna, tampoco logran una inserción social adecuada. Viven su vida a contrapelo de sus propios valores, con culpabilidad, ocultando la situación incluso a sus propios hijos. De esta forma se instala la familia como una entidad fundamentalmente represiva hacia sus miembros y que no encuentra condiciones favorables para su integración social.

Conclusiones

Las historias revisadas dejan un sabor amargo en cuanto a las condiciones en las cuales se desenvuelve la vida familiar. Asegurar la integración normativa y económica a la vez que llevar una vida sin sobresaltos parece un ideal que pocos logran. Todas las familias entrevistadas

han pasado por momentos de crisis después de los cuales no han vuelto a ser los mismos. Hasta podría decirse que la mayor parte de ellas salen más dañadas que a salvo. Quienes mantienen la unidad familiar lo hacen en contra de las fuerzas económicas que los excluyen o una moral del ocultamiento que los margina. Para los que están integrados tampoco hay seguridad plena, pues piensan que en cualquier momento las cosas pueden ir mal, como de hecho les ha ocurrido en otros momentos de su vida. La seguridad es una situación transitoria que se la puede mirar con nostalgia o desarrollar ambientes muy protegidos para mantenerse lejos de los riesgos que representa el medio ambiente. Mucho se habla de la importancia de la familia como núcleo básico de integración social. Nuestros hallazgos tienden a mostrar una imagen más bien pesimista respecto las posibilidades de la familia para conservar ese rol en las actuales condiciones. El predominio de las aproximaciones demográficas a la realidad familiar ha llevado a pensar que la composición familiar nuclear debe asociarse necesariamente con todos los buenos atributos que se le suponen a este tipo de organización. Pero estos mismos estudios aportan información respecto cómo la organización familiar afecta el futuro de los hijos (CEPAL 1995). Del lado de los estudios de género se escuchan los reclamos frente al "padre ausente", la "doble jornada" de las mujeres. Todos estos son signos de que las familias no cumplen bien el rol de integración social que se les asigna.

Nuestro punto de vista es que las familias se fuerzan a vivir un ideal de integración familiar que, nuestros datos muestran, puede vivirse sólo privatizando totalmente la vida familiar, lo cual pone a la familia en el riesgo que cualquier amenaza externa resulte catastrófica. Los recursos económicos no garantizan la unidad familiar frente a las crisis del proyecto familiar. Y cuando no se cuenta con los recursos adecuados, el aislamiento significa directamente pobreza. Tampoco el ideal de privatización puede alcanzarse en la mayoría de los casos revisados.

La mayor parte de las familias se esfuerza por mantener sus vínculos y lograr integración social. En el camino se encuentran con los obstáculos que les ponen la moral del ocultamiento y la exclusión económica. La verdad es que las familias han perdido mucho de su capital social, ya que no logran control social sobre su entorno. Las normas que regulan la vida familiar ya no son eficaces para producir orden.

Hablar de familia es tocar un tema conflictivo, porque puede involucrar la destrucción de uno de los pocos

baluartes de la tradición. Pero algo en lo que aparentemente todos estamos de acuerdo, se convierte rápidamente en tema de polémica cuando se comienza a reflexionar sobre la base de casos concretos. El ideal de familia no se ajusta a la realidad de las familias que hemos estudiado. Los cambios culturales no parecen ir de la mano de la modernización macroeconómica. Los fenómenos de la llamada "alta modernidad" tales como el desarrollo de núcleos de confianza que no están basados en los lazos primarios, parecen estar lejos de la realidad chilena actual. Frente a esta situación se puede mirar con nostalgia hacia el orden perdido, como

lo hace el microempresario que aun espera un trabajo obrero con contrato tiempo completo, previsión y salud. O como lo hace el profesor universitario que se siente frustrado en su autoridad porque fue finalmente un profesor quien resolvió el problema de su hijo. O como la ejecutiva casada con un bigamo que vive una mentira de años con sus hijos, tratando de presentar la apariencia de una familia normal. Otra posibilidad es mirar hacia nuevas forma de producir orden, más allá de la competencia de proyectos individuales. el silencio o la exclusión económica. Ciertamente los procesos sociales no pueden provocarse, pero imaginarlos ayuda un poco.

Una Aproximación al Trabajo Infantil

Fernando Maureira Estrada

Los niños que trabajan son una realidad de nuestra sociedad, a diario los vemos en supermercados, calles, plazas y ferias, y no los vemos pero están allí, al interior de sus casas complementando y sustituyendo la actividad doméstica de sus padres o de los adultos con los que viven o en talleres y microempresas familiares reemplazando a eventuales trabajadores asalariados.

El trabajo infantil es un fenómeno de antigua data, pero que se recrea constantemente asumiendo características específicas según sea la relación que establece con otros fenómenos sociales, por esta razón sólo es posible identificarlos genéricamente en el tiempo, pero no caracterizarlo de manera única. Sin embargo presenta singularidades como su bajo costo para los empleadores y su relación directa con las situaciones de pobreza que afectan a las familias de los niños trabajadores (Schildkrout:1980).

No obstante, de modo general es posible identificar formas de trabajo infantil que se constituyen en manifestaciones alienantes y dañinas para jóvenes y niños que se ven involucrados en este tipo de actividades, me refiero especialmente a las actividades relacionadas con la delincuencia, sobre explotación y prostitución infantil. Por otro lado existen gran cantidad de actividades laborales realizadas por niños en contextos domésticos y que responden a situaciones no excepcionales en las que el trabajo de los niños resulta fundamental y necesaria para asegurar la reproducción de la unidad

familiar.

Esta constatación inicial refleja de manera inmediata la complejidad en el abordaje del fenómeno del trabajo infantil, no se trata sólo de actividades que los menores realizan de manera esporádica en las calles asociada a la llamada economía informal sino también al trabajo que los menores realizan empresas y talleres micro empresariales de los sectores formales de la economía. Aunque de modo general puede señalarse que gran parte de la industria moderna tiende a excluir el trabajo infantil (Schildkrout:1980), esta exclusión depende fuertemente del grado de capitalización, uso intensivo de tecnología y abundancia de mano de obra adulta.

De acuerdo con la CASEN 96, el trabajo infantil definido como "cualquier actividad regular u ocasional que realicen niños entre 6 y 14 años y que les reporte un ingreso o beneficio económico personal o para su familia, el que puede ser en dinero o en especie" es una situación que afecta a 47.000 los niños de ambos sexos que trabajan Chile, de estos el 34% lo hacen regularmente y un 68% lo hacen ocasionalmente, los hogares de los que provienen estos niños están asociados mayoritariamente a situaciones de pobreza e indigencia.

Aunque la información que genera la CASEN 96 es importante para establecer de forma general la magnitud del fenómeno, indica igualmente la dificultad de establecer una definición suficientemente amplia para incluir las diferentes manifestaciones que adopta el